

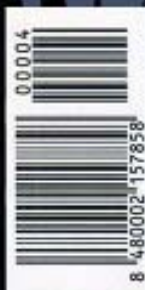


NGC
3660

Nº 45
3,50 €

LOS CAÍDOS

TINIEBLAS 3



MAGNUS DAGON - AMAIA BALLESTEROS



EN EL NÚMERO ANTERIOR:

No conocen ni siquiera su nombre, pero ya ha llegado más lejos que cualquiera de sus enemigos anteriores. Les ha atacado en su propio terreno, con sus propias armas y ni siquiera parece de este mundo. Sin que pudieran detenerle, secuestró a Sam Grove por un único motivo: torturar a John Scream y los suyos, y llevar a cabo así su misteriosa venganza.

#045: Tinieblas (Parte 3)

Autor: Magnus Dagon

Ilustración de portada: Amaia Ballesteros

La hora más aciaga había llegado. El momento de enfrentarse a sus miedos más ocultos, a sus peores temores. El miedo a sí mismos, y a lo que ellos representaban. Pero también el miedo a ver cómo se repetían momentos terribles que esperaban no tener que revivir jamás.

Todos los miembros de Los Caídos disponibles se lanzaron a las calles a la búsqueda de Sam Grove. La premisa era sencilla: cubrir la mayor cantidad de terreno posible. Separarse si era necesario. Estar siempre, siempre comunicados. Y no morir. Eso, bajo ninguna circunstancia.

Entre todos los que eran capaces de salir a la calle sólo Razorclaw se quedó en el Aquerón para coordinar sus movimientos, junto con los heridos, entre ellos Shockman y Swart. Scream era consciente de que era un peligro dejar el cuartel tan desprotegido, pero creía haber entendido bien a este nuevo demonio al que se estaban enfrentando. No quería sabotear el cuartel, ni ponerles en evidencia. Les quería a ellos. Torturarles, hacerles la vida imposible. Uno a uno, si era necesario, incluso si eso le hacía discurrir por la ruta de la locura y obsesión más absoluta.

Buscaron por toda la ciudad. En los lugares más infectos, más horribles existentes. Allí donde su enemigo podría hacer el mejor uso posible de las sombras que le rodeaban. Pero nada. Se había esfumado, como si no hubiera existido. Muchos empezaron a quitarse el traje para poder buscarle sin necesidad de tener que permanecer ocultos, aunque en ello les fuera la vida. Otros, comprensiblemente, no pudieron sacar de dentro el valor suficiente para hacer algo así.



Scream se devanaba los sesos. Maldita sea, pensaba, siempre acabo por tener alguna pista de dónde está el enemigo, y ahora cuando más falta hace me quedo en blanco.

Y de repente, tuvo una sospecha. Una terrible sospecha del lugar donde aquel ser había llevado al joven miembro de la organización. Un color, más bien. Blanco. No le iba a llevar a las sombras, a matarle en plena oscuridad. Iba a acabar con ellos, solos, aislados.

Y no hay mayor soledad en una ciudad que la relativa a estar rodeado de gente y no tener a nadie con quien poder contar.

Estaba a unas diez manzanas del lugar, según sus cálculos. No tardaría mucho en llegar, lástima que no pudiera decir lo mismo de los otros, por mucho que les hubiera avisado cuanto antes, incluso sin necesidad de corroborar su teoría. Y además, una vez llegara, ¿qué iba a pasar? ¿Cómo lucharía contra él?

Pero eso eran asuntos secundarios para John Scream. Tenía que llegar cuanto antes, meterse de lleno en la trampa, aunque supiera que se trataba de una. Su enemigo era fuerte, pero no parecía especialmente rápido a la hora de desplazarse por la ciudad. Aun así no había manera de saber lo que era capaz de hacer si empezaba a impacientarse.

Los primeros murmullos de jaleo que escuchó a medida que se acercaba a la Plaza Wave le hicieron darse cuenta de que estaba, por desgracia, en lo cierto. Antes de llegar pudo ver a su enemigo en mitad de la plaza, subido a lo alto del monumento, agarrando a Grove con una mano que parecía surgir de las sombras, desmayado, incapaz de reaccionar. Su enemigo le pareció, aun con todo, más humano, más débil y vulnerable. Tal vez, pensó, se debía a la luz que irradiaba el monumento, y que parecía no gustarle demasiado. En todo caso, dedujo Scream, si era algo que había hecho voluntariamente eso quería decir que contaba con ello a la hora de un más que posible enfrentamiento.

En un callejón vio a un mendigo, tirado en el suelo. Se acercó a él, sombrío, lamentando tener que comportarse de esa manera, y le dio un susto de muerte.

‘Tu abrigo y gorro —se limitó a decir.

El indigente se los quitó corriendo y salió de allí a toda velocidad. Ojalá pudiera compensarle de alguna manera, pensó Scream quitándose la gabardina y sombrero y poniéndose la ropa del sin techo. Sabía lo difícil que era vivir sin ellos en las calles. Pero en ese momento la vida de Sam Grove tenía prioridad absoluta.



Se quitó el módulo de voz y lo dejó junto a la gabardina y el sombrero, e hizo lo mismo con el anulador de fotones, el generador de holos distorsionadores y el dispositivo para controlar animales. Nada de eso le ayudaría con un enemigo al que no podía amedrentar ni contra el que usar la oscuridad como arma, además de que el abrigo del indigente no tenía tantos bolsillos, ni tan bien diseñados, como la gabardina del traje. Así, sólo se quedó con el arma y el holo que engañaba sobre su posición.

Impregnó la gabardina con una pequeña botella de alcohol que estaba en uno de los bolsillos del mendigo, sacó una cerilla y le prendió fuego a todo aquello que no iba a necesitar. No tuvo necesidad de pedírselo a Razorclaw para que lo hiciera a distancia. Después de aquello, con las pequeñas pero intensas llamas a su espalda, como preludeo de un cruento combate, salió a la calle y se mezcló con el corro de gente que se había formado alrededor del monumento homenaje a Alma Espejo. Dio un paso adelante y se plantó frente a su objetivo. Sabía que la gente no podría reconocerle, pero sin duda su enemigo sabría quién era él. Parecía saber de ellos muchas cosas. Demasiadas, de hecho.

—Aquí estoy —dijo al pie del monumento—. Suéltale, me buscas a mí.

‘No has entendido nada, ¿verdad? —dijo elevando más alto a Grove, como si fuera un muñeco de feria—. No quiero pelear. No voy a pelear —bajó hasta estar a la altura de Scream, lo que hizo que todo el mundo saliera de allí corriendo en todas direcciones.

—Pero pelearás, gusano. ¡Te juro que lo harás! —dijo Scream furioso, lanzándose en plancha hacia su oponente. Éste le agarró del cuello, y por segunda vez el líder de Los Caídos notó aquel tacto gélido, pero al mismo tiempo fue consciente de que su enemigo se estaba debilitando por motivos que tal vez no podía comprender del todo bien.

‘Valiente. Impulsivo. Con todas las cualidades que llevan a los héroes a su irremisible destrucción.

—Sí, pero también a ganar victorias —dijo Scream tratando de golpearle en pleno rostro. Para su sorpresa, no atinó al vacío, sino que realmente logró hacerle daño en vez de atravesarle. De modo que su enemigo era de carne. No era tan espectral ni intocable como parecía. Sin duda mucho más poderoso que ellos, pero vulnerable. Podía sufrir. Y todo lo que puede sufrir puede morir, pensó.



No, se detuvo y razonó, no puedo matarle, ni siquiera a algo como esto, que ni siquiera tengo claro si es o no humano. En todo caso, aunque pudiera hacerlo, estaba por verse que tuviera la oportunidad.

La presa sobre su cuello se aflojó y logró soltarse, y lo mismo pasó con Grove, que cayó con brusquedad al suelo. Scream trató de aprovechar esos segundos de respiro para cargar con él al hombro y salir de allí corriendo a toda prisa.

No duraron mucho, para su desgracia. Su enemigo se levantó de nuevo y se deslizó hacia él como una exhalación. El odio imprimía velocidad a sus actos, y era un combustible de rápido consumo pero también muy potente una vez empleado.

‘No puedes escapar —dijo tocándole de nuevo, y esa vez, más lejos del monumento, Scream sí notó de nuevo el tacto gélido y helado en toda su macabra intensidad—. Estás acabado, John Scream.

Agarró a Grove de nuevo, y Scream pensó que iba a regresar otra vez al margen del monumento. Pero se quedó plantado en el sitio y le levantó todo lo alto que pudo.

‘Acabado... ¡como él lo está ahora!

Lanzó a Grove contra el monumento con tanta violencia que Scream sintió cómo se le dilataban las pupilas de sólo imaginar lo que estaba a punto de presenciar. El frío le impedía moverse, reaccionar, y trató de hacerlo con todas sus fuerzas, temblando, sacando fuerzas de flaqueza para ponerse en pie, como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos. Pero era inútil. Ni en plena forma hubiera llegado a tiempo de impedir algo como lo que estaba a punto de suceder.

Grove quedó atravesado por una de las múltiples flechas que rodeaban a la principal en el monumento. Fue limpio, horrendo, y motivo de desmayo entre muchos de los que allí estaban para presenciarlo. Hubo gritos, y también momentos de silencio prolongado. Lo que todo el mundo tenía claro era que aquella herida era mortal de necesidad.

Scream se puso en pie, tambaleante. En ese momento, nada hubiera impedido a su enemigo agarrarle y hacer con él lo propio, pero no lo hizo. Sólo le miró, erguido, como una auténtica criatura salida del Infierno, mirando el espectáculo dantesco que acababa de provocar.

El líder de Los Caídos no pudo estar seguro de ello, pero hubiera jurado que, en aquel rostro sin rasgos y cubierto de sombras, junto a aquellos ojos sin vida y refulgentes, pudo ver cómo se esbozaba una ligera y siniestra sonrisa.



‘Pronto todos acabaréis como él. ¡Y este monumento será vuestra tumba!

—¿Quién eres? —preguntó *Scream* de nuevo. Pero estaba empezando a ser capaz de darse a sí mismo una respuesta. El lugar, sus actos, la venganza. Por increíble que pareciera, tenía que ser esa posibilidad. Una resurrección, a cambio de una muerte—. Eres tú, *Álex*, ¿verdad?

‘No me llames así. Ya no soy nada. Ya no soy *Álex Miles*, ni tampoco *Alma Espejo*. Sólo soy una sombra de lo que fui. Por eso, mi nombre es ahora, y para siempre, *Alma Sombra*.

—¿Quieres vengarte?

‘Así es, *John Scream*. Vengarme por lo que me hicisteis. Por todo lo que me quitasteis. Mis poderes, mi vida, mi ciudad, la mujer a la que amaba, la aceptación de mi padre adoptivo.

Scream logró incorporarse del todo. Ya había tenido suficiente. Demasiado, de hecho.

Se acercó hacia *Alma Sombra*, un paso tras otro. Éste no se movió.

‘No te gastes, ya te he tocado tres veces, y tú...

El puñetazo que recibió fue, posiblemente, uno de los más brutales que *Scream* había dado en toda su vida, si no el que más. De repente, ambos contendientes habían pasado a actuar movidos por el odio irrefrenable e irreprimible.

—¿Venganza? —gritó *Scream*, sin dejar de golpearle—. Venganza, dices. Tú que traicionaste a la ciudad, a los que creían en ti, que te dejaste llevar por tu egocentrismo. Tú que te creíste mejor que todos, un dios, que intentaste matarme y aun así te encubrimos. Tú que has sido honrado, llorado y admirado, ¿clamas por venganza?

Siguió golpeando, sin detenerse un solo momento. No sabía si realmente estaba haciendo daño a *Alma Sombra*, pero no pararía hasta estar sin fuerzas, o algo distinto le impidiera continuar, como así fue. *Alma Sombra* detuvo sus golpes con una mano ennegrecida, por la que múltiples insectos correteaban, y le lanzó hacia atrás varios metros describiendo un amplio arco con el otro brazo. El ataque fue bárbaro, pero era obvio también que lo estaba realizando al límite de sus fuerzas. Se levantó y miró a *Scream* con desprecio.

‘Debo irme, *John Scream*. Mi tiempo aquí abajo es limitado, es el precio de tanto poder. Pero volveremos a vernos. Hasta entonces, te auguro incontables noches en vela, pensando quién será la próxima persona cercana a ti la que mataré.



Después de eso Scream observó cómo el que había sido uno de los más grandes protectores de la ciudad se elevó en el aire, poco a poco, y fue desapareciendo hasta penetrar en la Nube. Hasta en ese sentido había hecho que la leyenda urbana fuera literal, pensó afligido Scream.

A su alrededor no tardó en ver a otros de los miembros de Los Caídos que acababan de llegar, vestidos de civiles e incapaces de creer lo que estaban viendo. Varios de ellos fueron corriendo a intentar sacar a Sam Grove de aquella horrible escena, pero la policía les detuvo, y no tardaron en observar cómo los forenses fragmentaban la flecha fatal para llevárselo todo sin tener que alterar la escena del asesinato.

Todo en vano, pues de repente la sombra furtiva del Caído reapareció, haciendo que mucha gente gritara en ese momento, y les arrebató el cuerpo para llevárselo a los tejados. Scream comprendió lo que estaba pasando. Shockman. Ya no sólo se llevaba el cuerpo para que no vieran cómo se desintegraba, se convertía en polvo. También, como penitencia por haber dejado que eso pasara.

Muchos agentes trataron de seguir al Caído en vano. Mientras dos policías se dirigieron hacia donde Scream estaba antes que ninguno de sus compañeros de armas y le ayudaron a ponerse en pie. Uno de ellos no tardó en tratar de indagarle.

—¿Está bien, señor?

—Sí... estoy bien.

Scream era consciente de que por un lado la conversación que había tenido con Alma Sombra en mitad de la pelea no había sido apenas escuchada por nadie, y por otro, aun en ese caso, pocos hubieran podido entender o discernir su significado. Pero tenía que evitar ser llevado a una comisaría a toda costa.

—Será mejor que nos acompañe para que le hagamos unas preguntas.

—Le agradezco el interés, pero yo...

—Yo me encargo personalmente, agente —escuchó Scream a su espalda, de una voz que conocía muy bien.

—A la orden, Jefe Sky.

Sky se echó a Scream al hombro y le ayudó a sentarse en un banco cercano. Con la mirada saludó a Swind y Saw, entre otros allí presentes, y también les dijo sin palabras que no se preocuparan de su jefe en ese momento.



—Vine en cuanto lo supe. Un secuestro por parte del Caído... algo no marchaba bien. Lo que no pude imaginar es que marchara tan mal —dijo mirando la flecha cortada y ensangrentada donde había sido atravesado Grove.

—Ha sido mi culpa, James. Está muerto por mi culpa.

—¿Qué dices, John? Eso es absurdo, y lo sabes. Has hecho todo lo humanamente posible por salvarle y más. ¿Quién era ese sujeto? ¿Qué era lo que quería?

—¿Qué era lo que quería? A nosotros, simple y llanamente. Matarnos uno a uno. Y su plan ha funcionado a la perfección hasta este momento. En cuanto a quién es...

Sky le miró con calma. El lugar, aquel odio obsesivo, la venganza. Sabía la respuesta de antemano, pero aun así le dejó continuar.

—Es nuestra mayor esperanza convertida en aterradora pesadilla. Y aunque le temo como no he temido a nada antes en mi vida, no descansaré hasta que sea detenido y haya justicia para los que han sucumbido a sus instintos homicidas —terminó elevando la cabeza hacia el mutilado y profanado monumento.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

Lo sucedido tendrá terribles y oscuras consecuencias para muchos... pero para unos más que para otros. No te pierdas 'Réquiem', en el próximo número.



colaboran:

tiendas:



www.atlanticacomix.com

editoriales:



www.alfaeridiani.com



www.edicionesevohe.com



<http://aroz.izar.net>



www.grupoajec.es/



www.ngcficcion.es/

ngc 3660

www.ngc3660.es

2011, Copyright Magnus Dagon por el texto.

2011, Copyright Amaia Ballesteros por la ilustración.

Web de Magnus Dagon: www.magnusdagon.com

Web de Amaia Ballesteros: www.amaiaballesteros.com